

necesitarlos, ó ya porque no creia poder vencer la aversion de sus confederados futuros al hábito monástico. Trataba de usurpadores á los individuos del clero regular, y decia que era necesario despojarlos de todas sus posesiones.

En la carta circular se procuraba disponer los ánimos para que no fuese demasiado fuerte la impresion que debian producir dichos reglamentos. Se confesaba con cierta apariencia de candor, que parecia encontrarse en ellos alguna cosa ilegítima, y que en cierto modo se habian copiado de los calvinistas; pero se aseguraba mucho que eran el fruto de las comunicaciones mas íntimas con el Señor, y de unas inspiraciones sublimes, que solo podian ofender á los hombres terrenos y carnales. Se añadia con desvergüenza, que si hicieron mal los calvinistas en corromper en muchos puntos la fe de los pueblos, proceden con mucha prudencia en no esplicarse abiertamente acerca de la sagrada Eucaristía: que aciertan en hablar con términos oscuros, ambiguos y acomodados á las varias disposiciones de sus oyentes; y que esta conducta debe enseñar á los nuevos discípulos de la gracia á estar ocultos por algun tiempo; á proceder con una concordia perfecta; á no manifestar los puntos fundamentales de su doctrina, y á contemporizar con las personas que pudieran escandalizarse de ella. Sobre todo se recomendaba el secreto con respecto á la misa. Se decidia formalmente que nunca debe celebrarse sino en presencia de los pueblos. No eran mejor tratadas las misas en que solo comulgaba el sacerdote.

Sébase, se añadia, que no hay iglesias para los religiosos: que éstos no pueden tener mas que capillas ú oratorios; y que si en ellos se les permite celebrar los santos misterios, debe ser siempre á puertas cerradas.

Si en el reglamento parecia desde luego que se confesaba que el cuerpo de nuestro Señor está presente en la Eucaristía, se desmentia despues esta confesion. A la verdad, se decia, no está allí precisamente en figura ó por la fe, como pretenden los calvinistas; pero tampoco está realmente y sustancialmente, como lo enseña la iglesia romana. ¿Pues cómo diremos que está, preguntaban estos fabricantes de dogmas y de cánones? De un modo indecible, respondian, de un modo ininteligible. Añadian, que en la misa de difuntos todas las oraciones son por los vivos: que no hay purgatorio en la otra vida, y que absolutamente no hay otro mas que las tribulaciones que se padecen en este mundo. En cuanto al sacramento del orden, enseñaban que no confiere carácter indeleble, de suerte (así esplicaban ellos mismos su principio) que en el momento en que un párroco ó un obispo son depuestos, se borra su carácter, y quedan reducidos al estado de puros legos. ¿Quién no vé aquí la afinidad de un rigorismo hipócrita con el filosofismo descarado, que hizo prorumpir en estas palabras á uno de sus mas célebres adeptos: *allá en otro tiempo, cuando yo era sacerdote...* En orden al sacramento de la penitencia, á fin de destruir la potestad y la virtud de las llaves, pretendian que la contricion





perfecta es siempre necesaria, y que por consiguiente se perdonan los pecados antes de la absolucion. Todo se reducía, pues, á la sola declaracion de los pecados; y aun aseguraban que la confesion no es mas que para las faltas particulares y secretas. Tambien hablaban de indulgencias, pero por el estilo de Lutero, y únicamente para blasfemar de ellas. ¿Qué recelos tan funestos no debieron concebirse á la primera vista de semejante obra? Sin embargo de que el regente no era apocado ni crédulo, exclamó: *¿conque quieren introducir en Francia el presbiterianismo de Inglaterra!* Todo París pudo convencerse muy pronto de esta verdad.

60. El doctor Petit-Pied, uno de los cuatro que con Du-Pin habian firmado el famoso caso de conciencia, y uno de los dos únicos que se habian negado á retractar su decision, habia vuelto, por orden del gobierno, del destierro que tan bien merecido tenia. Estableció su domicilio, y una nueva especie de prédica, en la aldea de Annieres, muy inmediata á París. Allí ensayó los reglamentos y toda la liturgia que practicaban sus hermanos en Holanda. La fama publicó cosas extraordinarias. Acudió una infinidad de gente de la capital, y no tardó Annieres en ser otro Charenton. El nuevo predicante construyó un altar á manera de un sepulcro, y le llamó altar dominical, porque solo debia decirse misa en él los domingos y las fiestas mas solemnes. Acabado el santo sacrificio, quedaba el altar sin ningun adorno, como despues de los officios del jueves santo. Cuando se iba á celebrar

la misa, le cubrian con una sola sabanilla, y aun entonces no ponian velas ni cruz. Pero al dirigirse el sacerdote al altar, hacia que llevasen delante una gran cruz, la misma que llevaban en las procesiones, y la única que habia en la iglesia. Luego que llegaba á la grada del altar, decia el introito, y todo el pueblo respondia en alta voz. En vez de subir al altar cuando correspondia, iba á sentarse en un sitial que habia al lado de la epístola. Allí rezaba las preces, y entonaba el *Gloria in excelsis* y el *credo*, sin rezar uno ni otro. Tampoco leia la epístola ni el evangelio. Era punto general del nuevo rito que el celebrante no dijese jamás nada de lo que canta el coro. El pan, el vino y el agua que deben servir para el sacrificio, se llevaban entre las ofrendas del pueblo. Lo mismo se hacia con las primicias de los frutos de la estacion, y se ponian en el altar.

Despues de la ofrenda, se llevaba de la sacristía el cáliz sin cubrirle. Se acercaba el diácono al celebrante, y teniendo el cáliz juntamente con el sacerdote, pronunciaba tambien con él las palabras del ofertorio en alta voz, como representante del pueblo en cuyo nombre ofrecia. Cumpliendo el celebrante con el nuevo rito, no decia el *Sanctus* ni el *Agnus Dei*; y al llegar al *Pater noster*, elevaba segunda vez la hostia. Las bendiciones que deben hacerse sobre el cuerpo y sangre del Señor, las hacia sobre las obla-ciones de los frutos ó legumbres que estaban al lado del cáliz. Yo mismo ví, dice un testigo de toda es-cepcion, yo mismo ví, tres años despues, practicar



esto en la propia iglesia sobre una fuente de espárragos (1). En la comunión de los legos no decía el sacerdote ninguna oración de las que deben precederla. El subdiácono revestido de dalmática comulgaba en la misma mesa que las mugeres y mezclado entre ellas. Había entre las últimas oraciones una tan nueva como todo lo demás, para pedir á Dios la conservación de la nueva iglesia. Yo la he oído cantar en mi presencia, dice el autor que acabamos de citar. En las ceremonias particulares de ciertos días había cosas aun mas estrañas. El jueves santo, por egemplo, el novador hacia públicamente la cena, y despues de él siguió su egemplo el párroco de Annieres. Pero lo mas ridículo, ó por mejor decir, lo mas escandaloso es, que una especie de diaconisa recitaba, antes de vísperas, el Evangelio del día en francés. Así vemos que las sectas mas austéras procuran conciliarse el partido de las mugeres.

Sin duda parecerá muy estraño que hayan sucedido semejantes escándalos á las puertas de París, y por lo mismo habrá quien los tenga por increíbles. Pero el arzobispo no cuidaba de contenerlos, ni habló una palabra para reprobarlos; y la Sorbona, contra sus propios decretos y las declaraciones del Rey, reintegró en todas sus prerogativas á aquel reformador escandaloso, al mismo tiempo que estaba dando tan estraños escándalos. Pero á falta de la potestad eclesiástica (y véase aquí en el castigo la prueba incontestable del atentado), indignado el depositario de la

(1) *El autor de la hist. de la Const. t. 2. p. 295.*

autoridad real, obligó á los empleados en los varios destinos de la facultad á comparecer ante los ministros, hizo borrar el decreto que rehabilitaba al doctor, y arrojó mas ignominiosamente que nunca á este perturbador audáz.

61. En medio de estos desórdenes, y á pesar de la esperiencia de lo pasado, se continuó contemporizando con el arzobispo de París. No faltaban personas de alto carácter que conservaban todavía alguna esperanza de reducirle, y el número de los mediadores iba aumentándose de día en día. Uno de ellos fue el abad de Bois, ministro muy estimado del regente; y aunque confesaba que las condiciones propuestas por el cardenal de Noailles no satisfacian enteramente, prometia emplear todo su influjo para dar la última mano á este asunto. „Lo mas difícil (decía) está ya hecho. Mr. Noailles se halla muy dispuesto á aceptar, y si algo faltase á su aceptación, en muy poco tiempo le reduciremos á darla la última mano.” Publicóse en efecto esta aceptación, á fuerza de instancias y aun de amenazas, por medio de un edicto que mandó imprimir el regente en la imprenta real. Entonces creyeron muchos que estaba concluida la grande obra de la paz, y se despachó un correo para participarlo al Papa. Pero no fue posible persuadirselo al vigilante Pontífice. Lo cierto es que mientras se imprimía en la imprenta real el edicto de aceptación, estaba el cardenal de Noailles haciendo imprimir otro secretamente; bien que por mas cuidado que se tuvo en ocultar los egemplares, llegaron algunos á manos



del Papa (1). Esta edicion furtiva restringia la bula en términos formales, además de que el cardenal no revocaba en ella sus apelaciones, ni atribuía ningun error al libro ni á las proposiciones censuradas.

El regente, que no tardó en tener aviso de esto, y se halló con los documentos justificativos, apenas podia creer lo que estaba viendo por sus propios ojos. Teniendo en la mano los dos egemplares, reconvino al cardenal, y éste negó inmediatamente que fuese suya la segunda edicion. Exigió el Príncipe en prueba de ello que diese la misma seguridad al Papa; pero el cardenal no quiso consentir en ello. ¿Qué era lo que podia inferirse razonablemente en vista de esta resistencia? Sin embargo, le preguntó si por último queria complacer á la santa Sede. La respuesta fue positiva, con lo cual volvieron á empezar las negociaciones; y se concibieron tan grandes esperanzas, que habiendo muerto Clemente XI en este intermedio, se miró generalmente este triste suceso como el único obstáculo para la consumacion de la paz, sin considerar que la dificultad consistia únicamente en el amor propio del cardenal de Noailles, el cual no podia resolverse á retractar la aprobacion que habia dado á la obra condenada por Clemente.

62. Fue santa la muerte de este Pontífice, como lo habia sido su vida desde los primeros años de su juventud. Pocos dias antes de morir mandó llamar á un prelado de toda su confianza, y luego que le vió,

(1) *Ibid. t. 2. p. 327.*

le dijo en tono de quien habla con toda certeza: „Estoy cerca de los últimos dias de mi vida: en breve os convencereis de esta verdad por vuestros propios ojos.” Siete dias despues, esto es, á 17 de Marzo, tuvo calentura y dolor de cabeza, lo que le obligó á quedarse en cama. Sin embargo, le aseguraron los médicos, aunque sin persuadirselo, que la enfermedad no era de cuidado. Al dia siguiente pensaron ellos mismos de muy distinto modo, porque el mal que habia estado oculto, se manifestó con tanta violencia que en pocas horas le juzgaron ya mortal. Era bien conocida la fe del enfermo, y así se le dió á entender sin rodeos el peligro en que se hallaba. Léjos de mostrar ningun sentimiento, se alegró, del mismo modo que el desterrado á quien se anuncia el fin de su destierro. Al instante mandó llamar al confesor, é hizo una confesion general de los pecados, ó por mejor decir, de las imperfecciones de toda su vida. Despues, con la misma serenidad que si hubiese prescrito los preparativos de su coronacion, dispuso todo lo que debia egecutarse para administrarle los últimos sacramentos con el aparato de decencia y toda la edificacion posible. Pero por mas respetable que fuese este augusto ceremonial, lo mas edificante que hubo en él sin duda alguna, fue la angélica piedad del primer Pastor, digna de servir de perpetuo modelo al rebaño. Concluida la ceremonia, mandó que se acercase el cardenal Albani, su sobrino, y le dijo estas palabras: „Mírame bien, y considera en lo que vienen á parar todos los honores de este mundo. Nada hay



grande, sino aquello que lo es á los ojos de Dios. Nunca aspire mas que á esta santa y sólida pobreza."

La noche del 18 al 19, en la cual padeció agudos y continuos dolores, fue para él una copiosa cosecha de méritos, sin que profiriese ni una sola palabra de queja. El dia siguiente habló con el piadoso cardenal Olivieri, su deudo, acerca de la poderosa proteccion de San José para con los moribundos que le honraron durante su vida." Siempre le he mirado (le dijo) como mi protector particular para con el Señor, y toda mi vida he deseado morir el dia de su fiesta. Hoy se celebra, y espero que dentro de poco se han de cumplir mis deseos." Estas fueron sus últimas palabras. Murió en efecto aquel mismo dia. Despues de una agonía breve y nada penosa, espiró tranquilamente á 19 de Marzo del año 1721, á los setenta y dos de edad, y veintiuno de su laborioso Pontificado. La conservacion de su vida en medio de sus inmensos trabajos y de todas sus enfermedades, á saber, tres hernias, una asma violenta y llagas continuas en las piernas, ofrece una nueva prueba de la providencia de Dios á favor de la santa iglesia romana, y especialmente de una providencia cuidadosa, como lo hemos advertido ya, en no conceder largos Pontificados sino á los mas dignos Pontífices.

63. Para conocer la exactitud de esta observacion con respecto á Clemente XI, basta traer á la memoria el concepto de virtud, instruccion y talento que tenia generalmente cuando subió, ó por mejor decir,

cuando le llevaron por fuerza al trono pontificio. Clemente vivió siempre en el trono mas bien como anacoreta que como Príncipe ó como Papa; y el gasto de su mesa no pasó ningun dia de quince sueldos, desde el principio de su Pontificado. Era tan pobre, cuanto puede serlo un Papa sin faltar á la decencia. Su vestido era el mas sencillo, y en lo demás carecia de todo lo que no era absolutamente necesario. Siguiendo la costumbre antigua, y para edificacion de sus sucesores, se trató de añadir á los cuadros de su palacio algunas pinturas de sus grandes acciones, que en efecto eran muy dignas de servir de ejemplo á los que despues de él ocupasen el trono pontificio. Pero lo impidió, diciendo: „Mis acciones solo merecen olvido, y por mi propio honor conviene no acordarse nunca de ellas." Su humildad era en cierto modo escesiva. Se le culpa con justicia (y este era su único defecto), por la indecision que le detenia algunas veces en el momento de ir á resolverse; y todos confiesan que procedia de la poca confianza que tenia en sus propias luces. Nunca desistió de la persuasion que le habia movido á renunciar casi invenciblemente el Pontificado, á saber, que le faltaban todas las cualidades necesarias á un buen Papa. Repetia esto á todas las personas á quienes pedia consejo, y las decia, para que no tuviesen reparo en esplicarse con franqueza, que de todos los fieles debia él tomar lecciones para gobernar bien la Iglesia. Cuantas desgracias experimentaba la religion, las atribuia á su poca capacidad y virtud, con una persuasion tan viva, que



las lloraba continuamente en la presencia de Dios. En una palabra, la humildad, madre y conservadora de todas las virtudes, era tan perfecta en él, que el cardenal Tolomei decia con mucha frecuencia: „Clemente XI es digno de estimacion por muchas razones; pero es admirable por el sumo desprecio con que se mira á sí mismo.” Nótese que era un santo el que se esplicaba en estos términos.

Desprendido hasta este grado de la gloria y de todos los falsos bienes del mundo, hizo todo lo posible para inspirar á sus parientes las mismas ideas, ó á lo menos se guardó de contribuir á que se engriesen con su proteccion. Su hermano Horacio Albani, á quien amaba tiernamente, murió sin que le hubiese dado ningun empleo ó señal de distincion entre la nobleza romana. Apenas señaló á su sobrino Albani rentas suficientes para sostener la dignidad del cardenalato. Es verdad que le hizo camarlengo de la Iglesia romana; pero le dejó solamente el título y la carga, y suprimió los emolumentos de que habian gozado hasta entonces los camarlengos. Cuando se trató de casar á su sobrino Alejandro con la hija del conde Borromeo, virey de Nápoles, léjos de contribuir con su profusion á aumentar las ventajas de esta boda, apenas le permitió comprar con su propio dinero el marquesado de Sorriana, bajo el dominio de la Iglesia de Roma. En una palabra, no aumentó las rentas de su familia con lo que vale un peso duro en cerca de veintiun años que duró su Pontificado. Así observó la ley que se impuso al entrar en el

Pontificado, de no conceder nunca nada á la carne y á la sangre. ¿Y qué virtudes no supone en un Papa la que triunfa del nepotismo, de ese vicio original, por decirlo así, que empañó en el trono pontificio tantas virtudes incorruptibles por otra parte? Es esta una prueba de santidad que equivale por sí sola á todas las demás.

La virtud sola era la que inspiraba á Clemente XI esta indiferencia en orden á sus parientes, ó por mejor decir, en orden al acrecentamiento de sus bienes de fortuna y de su grandeza; porque no hubo alma mas sensible que la suya, mas generosa, elevada y magnífica en sus piadosas liberalidades. No volveremos á hablar de su desinterés personal y de su amor á los pobres. Ya hemos visto que aun antes de su eleccion, era ésta, por decirlo así, su pasion dominante, y que cuando le trasladaban de una silla á otra, se notaba una afliccion pública entre los pobres, que quedaban privados de los efectos de su beneficencia. Todavía se acuerda Roma de la consternacion que se esperimentó cuando se supo que estaba en peligro de muerte, y que en el momento en que espiró hubo un lamento universal en todas las familias que recibian de su generosidad los medios de subsistir. ¿Cómo podrá olvidarse lo que atestiguarán eternamente los innumerables monumentos de su genio benéfico, edificados con tal grandiosidad y solidéz, que se burlarán de la injuria y olvido de los tiempos? Tales son el hospital de San Miguel, donde la indigencia, por grande que sea el número de las personas